



LA TRASTIENDA

ISABEL SAN SEBASTIAN

Hijos a la basura



Algo está fallando clamorosamente en esta sociedad cuando tantos de nuestros hijos terminan en la basura. Y no me refiero únicamente a los bebés que aparecen moribundos en el contenedor al que habían sido arrojados, sino a esas 80.000 criaturas que no llegaron a ver la luz en 2004 porque sus madres optaron por el aborto. 10.000 más que dos años atrás y casi el doble que hace una década, con el agravante de la reincidencia en uno de cada cuatro casos. Algo estamos haciendo mal colectivamente. Algún aspecto esencial del orden de

prioridades hemos desenfocado cuando para salvar un trabajo hay que sacrificar a un hijo y esta práctica aberrante se convierte en reiterativa. Algo muy grave nos está pasando.

Los datos del último informe del CSIC sobre ese eufemismo denominado «interrupción voluntaria del embarazo», que no deja de ser un asesinato legal, consentido y justificado, resultan estremecedores. No juzgo a las mujeres abocadas a tomar esta decisión aterradora, ni mucho menos considero que deban ser pues-

tas en la picota. Es evidente que la responsabilidad no es de ellas, o al menos no lo es en exclusiva. En el año 2001, de cada diez víctimas secundarias de esta lacra (las primeras y principales fueron esos seres inocentes concebidos en la irresponsabilidad y destruidos en la indefensión), siete eran trabajadoras por cuenta ajena obligadas a una elección endiablada: La carrera o la maternidad; la nómina o la procreación. ¿Qué especie animal muestra tan nulo instinto de supervivencia? ¿Cómo hemos podido los

humanos *civilizados* alcanzar tales grados de inconsciencia, por no decir inmoralidad? ¿Quién, en su sano juicio, se entrega con ilusión a una actividad laboral que le exige tamaño sacrificio? ¿Cuánta sangre se ha de derramar para sostener este desarrollo ficticio y por qué, una vez más, somos las mujeres las que debemos pagar un precio mucho más alto que los demás?

Abortar, estoy segura, es una experiencia traumática imposible de borrar. Un abismo de soledad que deja cicatrices de por vida. Abortar

es un recurso extremo al que nadie debiera llegar en un país próspero y libre, con acceso a todo tipo de anti-conceptivos y un mercado de trabajo regulado por leyes. Abortar es un fracaso individual y colectivo al que no obstante, en muy poco tiempo, nos hemos acostumbrado. Abortar no es un ejercicio de voluntad, sino un acto desesperado cuyas consecuencias carga sobre su alma una sola de las actrices involucradas en la tragedia. La culpa de esa muerte inocente, sin embargo, recae sobre mucha más gente: Padres que se lavan las manos, empleadores desaprensivos, perpetuadores de la cultura machista...